

unas líneas finales que abren sin duda otra cuestión distinta y que no dejan de ser interesantes por polémicas.

José R. Villar

Pilar GONZÁLEZ CASADO (ed.), *La cueva de los tesoros*, Ciudad Nueva («Apócrifos Cristianos», 5), Madrid 2004, 444 pp., 14 x 21, ISBN 84-9715-054-6.

El quinto volumen de la colección de apócrifos cristianos de la editorial Ciudad Nueva, dirigida por Gonzalo Aranda, profesor de la Universidad de Navarra, nos presenta la traducción al castellano de dos versiones, una siríaca y otra árabe, de la obra conocida como *Cueva de los tesoros*. La introducción, la traducción y las notas han sido realizadas por Pilar González Casado, profesora del Instituto de Filología «San Justino», de Madrid.

Esta obra apócrifa, transmitida también en copto, etiópico y georgiano, es uno de los relatos cristianos más antiguos sobre la historia de la salvación, que comienza con la creación del mundo y termina en Pentecostés: su tema principal es la redención del género humano, contenida en Adán, y llevada a cabo por Cristo, en el que se cumplen los signos anunciados por el Antiguo Testamento. De hecho se trata de una relectura de los diferentes acontecimientos de la historia de Israel, a la luz de las tradiciones cristianas que servían para «argumentar sus exégesis del Antiguo Testamento relativas a los designios divinos sobre Cristo, el Mesías verdadero en el que se cumplieron todas las profecías, y sobre la Redención» (p. 11).

Tanto la «cueva» como los «tesoros» tienen un marcado valor simbólico en las literaturas orientales antiguas. En nuestro caso, «la *cueva de los tesoros* es el

lugar donde Adán y sus descendientes renacen, tras haber muerto por el pecado, a la vida eterna al ser bautizados con el agua y la sangre del costado de Cristo. La *cueva*, situada en las laderas del Paraíso, va desempeñando a lo largo del relato diferentes funciones: es lugar de refugio, de oración y de sepultura» (p. 15). «El término *tesoros* hace alusión a las ofrendas (oro, incienso y estoraque o mirra) que Adán tomó de las estribaciones del Paraíso, que guardó en la cueva, con las que su cuerpo y el de los patriarcas fueron embalsamados y que los Magos ofrecieron al Niño en Belén» (p. 16).

La traducción de cada una de las versiones cuenta con una larga introducción. En el caso de la siríaca, se tratan el título, la estructura y el contenido, el autor, la fecha y el lugar de composición, el género literario, las enseñanzas teológicas, su difusión en la literatura cristiana y la tradición manuscrita. A continuación aparece el texto de la versión según dos recensiones, una oriental y una occidental. Al siríaco pertenece el arquetipo original de la obra.

Por lo que respecta a su contenido teológico, el estudio introductorio expone con rigor cómo el autor de la obra relata la historia de la salvación a través de un entramado entre exégesis de pasajes bíblicos y diferentes símbolos como los ya explicados arriba, y a los que se podrían añadir los relativos a la Pasión, la sepultura y el nacimiento de la Iglesia. El hilo argumental teológico de la obra es sencillo: creación, caída y redención.

La segunda parte del libro está compuesta por la traducción de la versión árabe con su respectiva introducción, en la que se habla de la tradición manuscrita, del título, de la estructura y del contenido, del autor, del lugar y de

la fecha de composición, del género literario y de las enseñanzas teológicas. Las cuestiones exegéticas y la simbología que usa esta versión son muy parecidas a la de la versión siríaca, aunque menos desarrolladas.

La presente edición aún grandes ventajas. En primer lugar, pone a la disposición del lector una interesante obra de la antigüedad cristiana, que ayuda a formarse una buena idea tanto de la gran producción literaria de los primeros siglos cristianos como de las tradiciones que circulaban en los diferentes ámbitos. Son de gran utilidad los extensos estudios introductorios, que sirven para valorar mejor el alcance de estos escritos y su contenido teológico. Con una traducción y una edición cuidadas, la lectura de este texto se hace no sólo formativa sino también amena. Disfrutarán con ella los exegetas, los estudiosos de la literatura antigua cristiana y el lector culto interesado en profundizar en la literatura apócrifa cristiana.

Juan Luis Caballero

Jacques LE GOFF, *El Dios de la Edad Media. Conversaciones con Jean-Luc Pouthier*, Editorial Trotta (Colección Estructuras y Procesos. Serie Religión), Madrid 2004, 78 pp., ISBN 84-8164-756-X.

Jacques Le Goff, conocido medievalista francés y uno de los representantes más conspicuos de la Escuela de los *Annales*, nos ofrece en este pequeño libro un conjunto de consideraciones sobre la concepción de Dios en el Occidente medieval, entendido éste en su contexto mediterráneo y a lo largo de un arco cronológico que se extiende desde la Antigüedad tardía (s. IV) hasta los siglos XVI y XVII. El texto —concebido

en forma de conversación con el periodista Jean-Luc Pouthier— se propone elaborar una «historia de Dios», partiendo de la idea de que «el Dios de los cristianos es un dios histórico, un dios cuya visión evoluciona y cambia con el curso del tiempo» (p. 62). Esta provocadora declaración de principios no debe llevarnos a engaño, pues el objetivo de estas páginas no es tanto el de estudiar a Dios como una construcción mental histórica y humana, sino el de analizar la historicidad de la *idea de Dios*, o lo que es lo mismo, el cambio evolutivo de la *percepción* de Dios en la Europa Medieval; percepción que —como todo lo humano— está sujeta a mutaciones que se producen en el sustrato de esas mentalidades minuciosamente examinadas por el medievalista francés.

El libro comienza estableciendo dos premisas fundamentales: la «antropomorfización» y la «representabilidad» del Dios de los cristianos, frente a la concepción anicónica y anti-anthropomórfica de Yahvé y Allah del judaísmo y el islam. Como señala justamente el autor, ambos procesos se desarrollaron durante el período medieval a partir del hecho fundamental de la encarnación del Verbo, la asunción de la naturaleza humana por parte de la segunda persona de la Trinidad, lo que permitió la aparición de un Dios-hombre, un Dios «visto» y, por tanto, un Dios «representable», que —a diferencia de otros creos— no recibe ningún nombre, sino simplemente *Deus*.

Le Goff analiza la transformación del cristianismo de religión perseguida en religión del Estado y la transformación de un Dios rechazado en un Dios oficial que barre la multiplicidad de los dioses paganos, de los que sobrevivirán algunos elementos sobrenaturales —co-